

ESBOZO

de UN PROYECTO

No voy a analizar las poderosas razones históricas, que nos aseguran que nuestra ciudad ha llegado al glorioso hito de sus mil primeros años de existencia. Mi amigo J. L. Cabré, en el artículo «Razón de un milenario», publicado hace unos meses en «Símbolo», fundamenta brillantemente este aserto. Como es natural, una efemérides tan señalada se ha de celebrar con el máximo esplendor y a tal efecto a todos los guixolenses incumbe el honroso deber de contribuir.

Con el propósito pues de aportar mi modesto granito de arena, expondré lo que tal vez podría ser uso de los varios actos que han de dar realce a las fiestas milenarias. Nuestra ciudad que conoció su mayor pujanza histórica bajo la doble tutela del Monasterio benedictino y de los Condes-Reyes de Barcelona, obraría laudabilísimamente si aprovechando la magna conmemoración, honrara su memoria erigiendo sendos monumentos: Uno a San Benito, la personificación más excelsa de la Orden monástica que civilizó nuestra tierra; otro a un monarca de la dinastía catalana o catalanoaragonesa, en la que un día se concretaron las virtudes de nuestro pueblo.

El monumento al Santo tiene ya su magnífico pedestal. Efectivamente, nada más propio para rendir homenaje a San Benito que restablecer la añorada imagen en la hornacina del arco que en su honor edificó el barroquismo del siglo XVIII. Es una reparación debida, un desagravio urgente que precisa realizar para expiar la profanación y borrar la mancha que desde la última y sacrílega revolución pesa sobre la conciencia ciudadana.

La segunda obra escultórica sería en honor de la dinastía condal y real que presidió los destinos del Principado catalán en los medievales tiempos de su fundación y apogeo. No creo fuera oportuno representar en piedra la efigie del Rey Lotario II, pues aunque consta documentalmente que a él se debe la confirmación de Sunyer en el cargo de primer abad del cenobio guixolense, su carácter de rey franco y la historia poco conocida de su reinado, no son muy a propósito para hacer de su persona una figura popular.

¿Qué príncipe deberíamos pues elegir como representante de la dinastía? Vamos a examinar los méritos de algunos, considerando especialmente las relaciones que sostuvieron con nuestra población.

El Conde Ramón Borrell (992-1018) y su esposa Ermesinda fueron los primeros en garantizar los bienes del Monasterio; Ramón Berenguer I el Vell (1035-1076), promulgador de los célebres Usatges, tuvo asimismo intervención favorable en los asuntos de los monjes. Pero tengo para mí que ninguno de los citados es más acreedor a la gratitud de nuestra villa que el Conde Ramón Berenguer III el Grande (1096-1131), quien además de haber dado satisfacción al abad en sus justas quejas contra los atropellos cometidos por Oliveros Bernat, Señor de Pals, mantuvo reunida en el puerto de San

Feliu por espacio de algunos meses la poderosa escuadra de catalanes, provenzales y paisanos que se dirigían a la conquista de Mallorca.

Si de los condes soberanos, pasamos a los reyes de la Confederación, por más que Alfonso I (1162-1196) hizo al Monasterio señaladas donaciones y Pedro I (1196-1213) confirmó al abad en su omnímoda jurisdicción sobre la villa, ¿acaso pueden oscurecer la grandiosa figura de Jaime I el Conquistador (1213-1276) que reservó para las huestes del abad Bernardo un destacado puesto de combate en la inmortal reconquista de Mallorca?

A causa de la destrucción de la localidad por las vandálicas tropas francesas de Felipe el Atrevido, San Feliu conoció días de luto durante el por otra parte magnífico reinado de Pedro II. Mientras ocuparon el trono los dos Reyes siguientes, los guixolenses se entregaron a la reconstrucción de sus moradas.

En cuanto a Alfonso III (1327-1336) si pretende un monumento, que no lo pida a la ciudad que por orden suya conoció la paralización de su otrora floreciente tráfico marítimo. ¿Y qué diremos de Pedro III? Ciertamente él fue quien abrió de nuevo el puerto guixolense, permitiendo las operaciones de carga y descarga; pero la protección desmesurada que otorgó a ciertos puertos rivales y el hecho de haberse adjudicado la jurisdicción civil y criminal de la villa a cambio de un puñado de monedas entregadas anualmente al abad, robustecen la idea de que no es San Feliu el lugar más a propósito para ensalzar las innegables cualidades del Ceremonioso.

Importantes mercedes recibieron la villa y el monasterio de los bondadosos hermanos Juan I y Martín el Humano, con los que termina la época de oro de la vieja Confederación, aquel admirable concierto de Estados independientes y libres, que acataban la autoridad de un mismo Soberano.

De lo expuesto, deducimos que en feliz coincidencia con la Historia general de Cataluña, los príncipes más señeros de los anales guixolenses son Ramón Berenguer III, el más grande de nuestros Condes y el «Rei En Jaume», el más glorioso de nuestros Reyes. La elección debería recaer en uno de estas figuras altamente simpáticas. La estatua ecuestre del Monarca o Conde, teniendo por fondo la maravilla románica de la Porta Ferrada dignificaría la Plaza del Monasterio, cuyos encantos arquitectónicos habrían de quedar con ello noblemente revalorizados.

Así pues la restauración del Arco del Santo Patriarca de Occidente juntamente con la inauguración del monumento al Rey que inmortalizó nuestra Historia, creo podrían dar un emotivo relieve a las grandiosas fiestas milenarias que ilusionadamente San Feliu espera.

Juan Vilaret Manfort